

Inmigración, sexualización y precariedad. Concepciones sobre inmigrantes venezolanos gais en Bucaramanga (Colombia)

Immigration, sexualisation and precariousness. Perceptions of gay Venezuelan immigrants in Bucaramanga, Colombia



Juan Fernando BÁEZ-MONSALVE

Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México

baez.monsalve@gmail.com |  <https://orcid.org/0000-0001-9421-0815>

Recibido: 13 de marzo de 2026 | **Evaluado:** 27 de abril de 2026 | **Aprobado:** 25 de mayo de 2026 | **Publicado:** 17 de julio de 2026

DOI: [10.25100/lamanzanadeladiscordia.v19i2.15708](https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v19i2.15708)

Artículo de investigación

¿Cómo citar este artículo? | How to quote this article?

BÁEZ-MONSALVE, Juan Fernando. (2026). Inmigración, sexualización y precariedad. Concepciones sobre inmigrantes venezolanos gais en Bucaramanga (Colombia). *La Manzana de la Discordia*, 19(2), e20315708, <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v19i2.15708>



Esta obra está autorizada bajo la Licencia Internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial- CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA) 2026

Resumen

Este artículo analiza cómo hombres gais que viven en Bucaramanga (Santander, Colombia) conciben a hombres inmigrantes venezolanos gais que han llegado a la ciudad. Mediante una metodología cualitativa, se realizaron entrevistas a profundidad a diez hombres colombianos homosexuales que nacieron y viven actualmente en Bucaramanga y su área metropolitana. Con las respuestas entregadas, fue posible comprender cómo los entrevistados ordenan a los sujetos inmigrantes, según características universalizadas (piel oscura, rol sexual activo, penes grandes) que están conectadas con la precariedad económica y la pobreza como condiciones colectivas esencializadas del ser inmigrante, y que, al mismo tiempo, son entendidas como sexualmente atractivas. Esta conjunción entre cuerpo, precariedad y sexualización es parte de una simultaneidad que crea inclusiones y exclusiones en la realidad material tanto de inmigrantes como de no migrantes, para mantener divisiones jerárquicas dentro del sistema de producción globalizado.

Palabras-clave: inmigración; Venezuela; Colombia; hombre homosexual; raza; cuerpo.

Abstract

This paper analyses the perceptions of gay Venezuelan immigrants among gay men born and living in Bucaramanga, Santander, Colombia. A qualitative methodology was employed, in-depth interviews were conducted with ten homosexual Colombian men who were born and currently live in Bucaramanga and its metropolitan area. With the answers provided, it was possible to understand how the interviewees categorise immigrants according to universalised characteristics (dark skin, an active sexual role and large penises) that are associated with economic precariousness and poverty as collective ideas essentialised to being an immigrant and which, at the same time, are understood as sexually attractive. This conjunction of body, precariousness and sexualisation creates inclusions and exclusions in the material reality of immigrants and non-migrants alike, maintaining hierarchical divisions within the globalised production system.

Key words: immigration; Venezuela; Colombia; homosexual man; race; body.

Financiación:

El autor declara que no recibió recursos para la escritura o publicación de este artículo.

Proveniencia del artículo:

Este artículo hizo parte de una investigación dentro del doctorado en ciencias sociales de la Universidad de Guadalajara.

Conflicto de interés:

El autor declara que no tiene ningún conflicto de interés en la escritura o publicación de este artículo.

Implicaciones éticas:

El autor no tiene ningún tipo de implicación ética que se deba declarar en la escritura y publicación de este artículo.

Agradecimientos:

El autor agradece la primera lectura del borrador llevada a cabo por la doctora Gisela Carlos Fregoso, de la Universidad de Guadalajara, así como sus comentarios y críticas sobre los planteamientos del texto final.

Declaración de uso de IA:

Se utilizó Gemini para la búsqueda de bibliografía, mas no para la lectura ni la escritura del documento. Cada referencia fue ubicada en su localización original (página web de la revista).

Contribución de los autores:

Juan Fernando BÁEZ-MONSALVE: recogida de datos, análisis, escritura, revisión, corrección y edición.

Introducción

La inmigración venezolana hacia Colombia se intensificó entre el año 2010 y 2017, fenómeno que resulta inédito para su historia. Si bien durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX llegaron algunos inmigrantes a la costa Caribe y el interior del país –pues los gobiernos nacionales impulsaron y patrocinaron el arribo de extranjeros, en concordancia con los discursos eugenésicos, el racismo científico y el paradigma del progreso, que veían a la inmigración, casi siempre solo europea, como la única estrategia posible para *civilizar* a Colombia (Gómez, 2009; Olaya, 2018)–, la realidad fue otra: el aislamiento socioeconómico, el hermetismo político, la pobreza y la violencia impidieron que este proyecto tuviera éxito, como sí ocurrió en Argentina, Uruguay y Brasil (Schwarz, 2012; Giraldo, 2017). Solo algunos miles de ciudadanos del viejo Imperio Otomano, Alemania, Italia y España arribaron a regiones como el Caribe, Santander, Antioquia y Bogotá, donde hicieron parte del entorno empresarial e industrial naciente de esas regiones (Scharnholz y Toro, 2014). Y entre ellos, los procedentes de Siria y Líbano, sobre todo, lograron crear comunidades realmente cohesionadas en el Caribe que todavía perduran, con el comercio minorista como eje articulador (Domínguez, 2019).

3

Por lo anterior, en número netos, Colombia no había recibido, en lo que va de su historia republicana, contingentes migratorios tan amplios como los del siglo XXI. Por el contrario, el país se ha caracterizado por expulsar a personas de sus tierras y de sus fronteras, por razones económicas y por el conflicto armado y la guerra, que se recrudecieron durante la segunda mitad del siglo XX, con el narcotráfico y, ya en el XXI, con la *guerra contra el terrorismo* post-2001 hacia las FARC, dentro de programas como el Plan Colombia y la Seguridad Democrática (López, 2007). Es decir, Colombia no ha sido un país de inmigraciones internacionales, pero sí de emigración hacia el exterior y, sobre todo, de desplazamientos internos.

En la actualidad, más de cuatro millones de colombianos viven en el extranjero, especialmente en Estados Unidos, España, Venezuela, Chile y Argentina, como inmigrantes económicos, estudiantes o refugiados/asilados (Álvarez, 2012; Sobczyk y Caballero-Calvo, 2024). Precisamente, Venezuela fue durante varias décadas, sobre todo en los años setenta y ochenta del siglo XX, uno de los principales destinos de emigrantes y refugiados colombianos, por la cercanía fronteriza que les permitía acceder a pie, en automóvil o autobús y porque por mucho tiempo este país tuvo altos niveles de bienestar y ofrecía estándares de vida superiores a los colombianos, por sus rentas petroleras (Martínez-Casadiegos, 2015; Noroño et al., 2023).

Este fenómeno, sin embargo, se ha invertido totalmente hoy: según cifras oficiales del Gobierno de Colombia, 2.8 millones de venezolanos vivían en el país para 2024 (Migración Colombia, 2025), varios de ellos hijos o nietos de colombianos migrados en el siglo XX, aunque este número puede ser casi el doble, porque muchas personas llegan a territorio colombiano por pasos no reconocidos (trochas) y sin la documentación necesaria (pasaporte, por ejemplo), por lo que los agentes migratorios no pueden contabilizar su arribo o, siquiera, enterarse de que están en el país (Torrado, 2022). De este total incierto de inmigrantes, para diciembre de 2024, de acuerdo con Migración Colombia (2025), 115.000 vivían en Santander, cuya capital es Bucaramanga.

Debido a este alto número de personas que cruzan la frontera constantemente, ha sido difícil determinar para los organismos estatales datos puntuales sobre su situación laboral, social, familiar y económica. Lo más certero, según cifras disponibles, es que la mayoría sobrevive con trabajos informales y precarios, por la falta de acceso a derechos básicos como salud, educación, vivienda digna, agua potable y otros, a pesar de que la gran mayoría de ellos tiene permiso de residencia legal en Colombia, por las políticas de *puertas abiertas* que han mantenido los gobiernos nacionales hasta el momento (Migración Colombia, 2025).

Un contexto que, visto desde una perspectiva más amplia, está inserto en todo un entramado global, como argumenta Canales (2015), quien apunta que la precariedad laboral de los migrantes está alineada con la precarización de la clase trabajadora mundial, en cuanto, en el sistema globalizado, los migrantes funcionan como actores para el mantenimiento de la desregulación contractual, la flexibilización laboral, la subcontratación informal y la externalización de servicios.

La migración, entonces, dentro de la condición globalizada, es una reproductora de la estructura de clases y organizadora de diferenciaciones sociales que, con todo, y en concordancia con Madriaga-Parra y Gissi-Barbieri (2025), echa mano de fenómenos como la raza para fundamentar divisiones entre los propios trabajadores: los inmigrantes, cotidianamente, son concebidos como inferiores frente a y por los mismos trabajadores no migrantes, pues son vistos como racialmente diferentes y desiguales, como más pobres y precarios, incluso en contextos como el colombiano, país de emigración constante y sostenida, donde muchas familias de clase trabajadora reciben remesas del exterior por la misma causa. Migración, clase social, trabajo y raza funcionan como fenómenos presentes de la precarización globalizada que crea divisiones para seguir fortaleciéndose y explotando los cuerpos y la producción de

migrantes y no migrantes.

Son divisiones que, para Viveros (2009), están sostenidas por el racismo y el sexismo como fenómenos esencializados y naturalizados, pues el racismo y el sexismo atribuyen las desigualdades sociales a diferencias biológicas, fisiológicas o naturales inherentes a los grupos sobre quienes recaen sus prejuicios, como si el origen de su condición social estuviera determinado desde el nacimiento. Lo social, visto desde esta perspectiva, es consecuencia de unas circunstancias innatas que se reproducen homogéneamente en todos los sujetos y que son las responsables de la desigualdad y las injusticias, porque el sujeto que las experimenta está esencialmente predispuesto a ellas y nadie externo a él puede responder o responsabilizarse por eso.

Esto conduce a que las personas que deben soportar el racismo y el sexismo se conviertan en objetos racializados y sexualizados, pues estas características que supuestamente son esenciales las definen en todos los espacios de sus vidas: todo lo que una persona racializada y sexualizada (no) es y (no) puede llegar a ser proviene de su raza y de su sexualidad. Estas interpretaciones sobre el sujeto sexualizado y racializado fundamentan la existencia del individuo mismo y se universalizan para ser leídas en todos los cuerpos que posean las mismas características. Dicho de otra manera, y para el caso estudiado aquí, todos los cuerpos masculinos, homosexuales y migrantes tendrían la misma sexualidad y las mismas condiciones raciales, por lo que, se espera, expresen comportamientos y deseos sexuales también homogéneos, es decir, prácticas que se consideran que provienen de lo innato y lo esencial que implica ser hombre homosexual y migrante.

A partir de ahí, lo que termina por darse es una especie de armazón previa del sujeto racializado y sexualizado por parte de quien no lo es y que ejerce poder sobre aquel. Y así se da la inserción del migrante en su nuevo territorio, en cuanto pareciera que, bajo esas condiciones, el nuevo escenario no ejerciera influencia sobre quien llega, pues este ya es así: los venezolanos, como venezolanos que son, son así; y los hombres homosexuales, como tales, también lo son.

Por eso, las relaciones sociales, desde la mirada racializada y sexualizada, no cambian a los sujetos, sino que simplemente profundizan y reproducen lo que estos ya eran y siempre han sido, por estar condicionados irremediabilmente por su raza y su sexualidad. No hay nuevas formas del espacio social, de lo simbólico ni de los vínculos o de las identidades que la migración produzca, lo que habría, más bien, es una superposición entre dos condiciones inamovibles: el sustrato biológico-social de los que llegan y

el de quienes reciben. El primero por debajo del de los segundos (Valenzuela y Anguiano-Téllez, 2022).

Precisamente, para los alcances de este trabajo, me adherí a los postulados de Wade (2000), quien asume que la migración, la raza, la clase y otras condiciones relacionadas son transversales y pueden aparecer parcial, fragmentada e inestablemente en un mismo sujeto, por lo que al estudiarlas, no deben ser divididas en campos separados (la raza como cultura y la clase como economía, por ejemplo), sino analizadas como un todo que está contenido en la realidad material de los individuos.

Esto permite comprender que, al adentrarse en las dinámicas de la población migrante en Colombia, las relaciones sociales entre migrantes y no migrantes no siempre pasan por exclusión o discriminación explícitas y constantes, pues las interacciones también pueden estar marcadas por inclusión y aceptación pública o privada que están fundamentadas en esa misma transversalidad y que, sin embargo, no suponen ni la eliminación ni la desarticulación de los sistemas jerarquizados que ordenan y ubican a los individuos desigualmente (Wade 2003). Es más bien entender que la raza, la clase o la condición de inmigrante no pueden ser aprehendidas como estructuras aisladas, pues son una simultaneidad que crea diferentes escenarios y que está sostenida en una materialidad que tiene múltiples expresiones con las que las personas deben jugar, adaptarse y usar en su cotidianidad (Wade, 1997).

6

Esto último es importante, porque en contextos como el colombiano y, más específicamente, el bumangués, el paradigma del mestizaje ha conducido a que la raza no sea entendida como una categoría relevante, por lo que tampoco se la percibe presente en la realidad material de los sujetos, más allá de la creencia instaurada de que “todos somos mestizos”. El mestizaje, sin embargo, crea un sistema de blanqueamiento invisibilizado o banalizado que no borra al negro ni al indígena frente a lo blanco y lo mestizo, sino que lo ubica en la base de la jerarquía social, en la zona problemática de lo *no-mestizo*. Así, entonces, no todas las personas son mestizas y quienes no lo son, porque son negras o indígenas, funcionan como actores de un sistema de exclusión e inclusión simultáneas, en el que el mestizaje y sus miembros juegan a permitir *dar saltos* a esos otros *no-mestizos* inferiorizados.

A manera de ejemplo, personas negras o indígenas, que no son consideradas mestizas, pueden ser, y son, objetivos de placer y de miedo sexuales, al mismo tiempo, entre la población mestiza, en un giro constante de inclusión y exclusión privada y pública que se mantiene dividida y jerarquizada, en cuanto el deseo inclusivo privado erótico va paralelo con su exclusión social pública, que juntas son complementarias y coherentes en la realidad material de los incluidos/excluidos y de quienes

incluyen/excluyen (Wade, 2013). Estas simultaneidades ambivalentes que crea y mantiene el mestizaje como paradigma racial en Colombia, que es inseparable de los órdenes desiguales de clase, es lo que he buscado observar al estudiar las relaciones entre hombres gais migrantes y no migrantes, para entender continuidades y, al mismo tiempo, detectar posibles construcciones originales en sus interacciones.

Materiales y métodos

En términos contextuales, el área metropolitana de Bucaramanga –que incluye a los municipios de Floridablanca, Girón y Piedecuesta– se ha convertido en un foco importante para la migración venezolana en Colombia. Para muchos inmigrantes que llegan al país por tierra (en bus, automóvil o a pie), Bucaramanga es la primera ciudad con más de un millón de habitantes que encuentran y es paso obligado para quienes van hacia Bogotá, el sur del país o Ecuador, Perú y Chile (Aliaga et al., 2022). La relativa cercanía de Bucaramanga con la frontera venezolana ha permitido que varios miles de migrantes se instalen en la ciudad y su área metropolitana, por el relativamente fácil acceso que permite a lugares como el Estado Táchira, lo que la convierte en un espacio relevante para el estudio de la inmigración actual en el país.

En cuanto a la metodología de esta investigación, se tuvo un enfoque cualitativo, con un alcance exploratorio e interpretativo. La técnica principal de recolección de datos fue la entrevista a profundidad (virtual y presencial), aplicada a diez hombres entre los años 2022 y 2024. Como muestra dirigida e intencional se tuvieron en cuenta los siguientes criterios de inclusión: primero, que fueran hombres colombianos mayores de edad; segundo, que se autodefinieran como gais u homosexuales; tercero, que hubieran nacido y vivieran en Bucaramanga o su área metropolitana al momento de las entrevistas; y, cuarto, que sus padres también fueran colombianos, sin importar su lugar de nacimiento dentro del país, aunque la mayoría también eran bumanguenses.

A pesar de que no hicieron parte de los criterios de elección, todos los entrevistados tenían entre treinta y cuarenta años al realizar la entrevista, poseían, al menos, un grado universitario y ninguno afirmó haber estado o vivido en Venezuela anteriormente ni tener familiares extensos (abuelos, primos, sobrinos, etc.) provenientes de ese país.

Las entrevistas fueron semiestructuradas, con un guion que se enfocó en tres aspectos principales, sin importar que fueran virtuales o presenciales: en primer lugar, comprender cómo los consultados

concebían el ser venezolano migrante, como población amplia, sin otras peculiaridades o condiciones que la nacionalidad; segundo, determinar las características que los entrevistados daban a los inmigrantes venezolanos hombres homosexuales en cuanto a su cuerpo, personalidad, formas de vida, prácticas sociales, entre otras; y, por último, entender las conexiones que hacían los entrevistados entre los cuerpos y las prácticas de los inmigrantes venezolanos gais y sus contextos sociales y económicos en la ciudad. Estos tres puntos fueron los ejes fundamentales sobre los que se desarrollaron las conversaciones, aunque, según cada caso, hubo preguntas complementarias para profundizar en las afirmaciones realizadas por los consultados que, sin embargo, no se salieron de la propuesta inicial.

Por último, es importante apuntar aquí que, aunque los análisis se han hecho a partir de diferentes perspectivas (laborales, económicas, políticas, familiares, etc.), se han inclinado hacia la sexualidad y el sexo como práctica, en buena medida por las respuestas mismas de los entrevistados, razón por la que ha sido desde ahí que han comenzado las interpretaciones en los apartados siguientes. Esto no significa, sin embargo, que se hayan dejado por fuera conexiones que permitan hilar argumentos más profundos sobre homosexualidad, migración, raza, clase y sexualidad en el contexto citado y que, desde ahí, aparecieran, directa o indirectamente, alusiones a órdenes y realidades económicos, laborales y familiares esenciales para el desarrollo de esta investigación.

Los órdenes materiales de la inmigración

La inmigración venezolana en Colombia durante el siglo XXI se ha topado con un país que no estaba promoviendo desde sus políticas gubernamentales la llegada de extranjeros, ni estaba preparado para recibir grandes contingentes de personas. Por el contrario, ha arribado a un contexto con elevados índices de desigualdad económica e informalidad laboral que se han reproducido entre los recién llegados. De acuerdo con Bedoya-Bedoya et al. (2020), una buena parte de los venezolanos que vive en el país tiene ingresos inferiores al salario mínimo y la mayoría trabaja en el sector servicios (atención en tiendas, parqueaderos o restaurantes, *mototaxismo*, entregas a domicilio, entre otros). Los ingresos de los inmigrantes, por lo tanto, dependen de su producción personal diaria y son pocos los que acceden a empleos con sueldos fijos, contratos de trabajo y prestaciones sociales (Ramírez et al., 2022). Esto ha ido paralelo con una precarización constante de sus condiciones laborales cotidianas, con jornadas que sobrepasan las ocho horas al día, por lo que muchos de ellos trabajan más de cincuenta horas a la semana (Restrepo et al., 2025).

Estas circunstancias han sido apalancadas por un sistema burocrático nacional público y privado que, entre otras cosas, hace difícil la convalidación de títulos universitarios en Colombia, desincentiva la contratación formal en las empresas y genera trabas para la movilidad social (Ramos y Lesmes, 2024). La constante informalidad laboral, que hace que muchas personas inmigrantes trabajen en actividades para las que están sobrecalificadas, corta, además, cualquier posibilidad de acceder a una vivienda digna, a momentos de ocio o diversión de calidad y a generar vínculos sociales estrechos y duraderos (Restrepo et al., 2025).

Al llegar la mayoría solos y sin una red de apoyo, los inmigrantes en el país ven profundizada su vulnerabilidad y terminan hacinados en lugares pequeños e informales donde deben compartir todo con desconocidos. Tomar, por ejemplo, en arriendo una habitación independiente, un apartamento o una casa es algo imposible para muchos, pues no cuentan con los ingresos necesarios y constantes que prueben su solvencia y muchos arrendadores manifiestan abiertamente su negatividad a firmar contratos de arrendamiento con inmigrantes (Ávila, 2022).

Con este panorama, es claro que los inmigrantes venezolanos que llegaron a Colombia, especialmente durante y después de la crisis económica en Venezuela que se agudizó en 2017, han conformado un grupo económicamente precarizado dentro de clases sociales históricamente empobrecidas y con bajo poder adquisitivo. Esto ha conducido a que, en muchas ocasiones, los inmigrantes sean vistos como la raíz de los problemas económicos colombianos y no como víctimas de ellos, por lo que los extranjeros pobres han tenido que enfrentar xenofobia y aporofobia por parte de no migrantes que los entienden como sujetos indeseados que les quitan posibilidades económicas (Barandica, 2020). Esto es importante, porque la discriminación y la exclusión de los inmigrantes en Colombia no está basada muchas veces en su estatus legal en el país –pues la mayoría cuenta con documentación que le permite tener residencia–, sino en que llegan, supuestamente, a *competir* por trabajos y lugares que previamente estaban ocupados por personas no migrantes también precarizadas y empobrecidas, como trabajos por días sin contrato laboral, espacios para ejercer comercio informal, entre otros escenarios (Reyes et al., 2025).

Paralelamente, los inmigrantes venezolanos en Colombia han sido acusados de aumentar la inseguridad y de colapsar los hospitales. Ya sea por instalarse en el país, por ir de paso o por ser población flotante en las fronteras; los inmigrantes son muchas veces percibidos como profundizadores de problemas que ya existían, pero que con su presencia se han agravado, lo que los convierte, entonces, en los causantes

directos de esos mismos problemas (Restrepo y Castro, 2024). Así, los inmigrantes venezolanos son considerados por muchas personas como responsables del desempleo (y del empleo mal pago e inestable), de la inseguridad y de la mala atención en los servicios públicos, especialmente en el sistema de salud. Todo esto deriva en prácticas cotidianas de xenofobia y aporofobia que se expresan en percepciones, comentarios y acciones que, entre otras cosas, incluyen definir a los inmigrantes como *ladrones*, *vagos*, *invasores* e *ilegales* (Alizadeh, 2024).

Específicamente, en Bucaramanga y su área metropolitana (AMB), los datos muestran que la mayoría de los inmigrantes venezolanos que habitan la ciudad llegaron a Colombia por tierra (a pie o en bus) y a través de trochas, por lo que, en un principio, casi ninguno entró con residencia legal al país. La ciudad fue elegida, en parte, por la cercanía con Venezuela y porque algunos contaban con una red de apoyo familiar o de amigos que les permitió asentarse. Sin embargo, esto último no ha impedido que más de la mitad viva en habitaciones compartidas con una o más personas y que deban ganarse la vida en trabajos no cualificados (para quienes tienen estudios universitarios) o por debajo de sus capacidades, lo que implica, en consecuencia, tener bajos salarios, condiciones laborales informales y viviendas precarias o hacinadas. Como ocurre en el resto del país, los inmigrantes en Bucaramanga y su área metropolitana trabajan, casi siempre, todos los días, sin descansos dominicales ni horas extras y con ingresos diarios o mensuales que están por debajo del salario mínimo (Bonilla et al., 2021).

10

La venta de abarrotes, la atención en pequeños restaurantes y puestos de comidas rápidas, el transporte informal, las entregas a domicilio, la atención a clientes en tiendas de ropa, entre otros, son los principales oficios de los inmigrantes en Bucaramanga, quienes, en muchas ocasiones, como plantean Chacón y Ramírez (2020), se perciben como ajenos a la ciudad, a pesar de querer seguir viviendo en ella, por la constante separación que hacen sus habitantes entre quienes son venezolanos y quienes no.

Ser venezolano en Bucaramanga, según argumentaron, es estar constantemente señalado de precarizar el sistema laboral y la calidad de vida en la ciudad, lo que implica, en la práctica, encontrarse una y otra vez con escenarios en los que la atención y el recibimiento no es igual para inmigrantes que para no inmigrantes. Es decir, encontrarse con una ciudad que ha aprendido a diferenciar en cuanto a trato y uso de los espacios y las oportunidades entre quienes nacieron en ella y quienes no.

Todo esto, sin embargo, no supone que la vida inmigrante sea una constante de exclusión directa en la cotidianidad. Como plantean Sierra et al. (2022), los inmigrantes que llegan a Colombia con la

intención de permanecer en el país la ven como una oportunidad de mejorar sus condiciones de vida económica, laboral y de seguridad. De igual forma, estar en Colombia les significa poder enviar algunas remesas a sus familiares que se quedaron en Venezuela y, de esa manera, contribuir a que sus vidas también mejoren, a pesar de la constante inflación que mantiene ese país. En esto coinciden Chacón y Ramírez (2020), quienes, para el caso bumangués, concluyen que Bucaramanga es, según las percepciones de los inmigrantes, un lugar de oportunidades para mejorar sus contextos de vida, sobre todo para aquellos que no están altamente cualificados y que ven en los trabajos que ofrece la ciudad una forma de surgimiento socioeconómico.

Estas condiciones es las que viven los inmigrantes en Colombia se ven agravadas cuando se es hombre homosexual. De acuerdo con Caribe Afirmativo (2022), las múltiples dificultades para acceder a un empleo formal y el poco reconocimiento oficial de estudios terciarios en el país conduce a que muchos inmigrantes gais entren a la prostitución, en donde se encuentran con contextos dominados por grupos armados ilegales o por la delincuencia común, que extorsionan a quienes deben ocupar las calles para trabajar, como quienes viven de *rebusque* o del trabajo sexual. Además, muchos de ellos llegan al país expulsados de sus casas desde muy jóvenes por ser homosexuales y con pocas herramientas para enfrentar al sistema normativo y burocrático colombiano que, aunque en principio les ofrece igualdad ante la ley, en la práctica les impide gozar efectivamente de sus derechos.

Es todo un contexto marcado por los grados de reconocimiento y legitimación públicos de la homosexualidad masculina, por parte de las comunidades en las que viven los inmigrantes. Es decir, para muchos inmigrantes homosexuales, ser percibidos como afeminados supone mayores dificultades para acceder a servicios básicos, para recibir atención en instituciones, para conseguir un trabajo (aunque sea informal e inestable) e, inclusive, para habitar espacios públicos (Prieto-Olivares, 2024).

Organizaciones no gubernamentales como Colombia Diversa (2024) han apuntado que no existen datos certeros y puntuales sobre el número de hombres gais inmigrantes venezolanos en Colombia, por lo que tampoco ha sido posible obtener cifras concretas sobre cuántos de ellos han accedido a permisos de trabajo en el país. De acuerdo con las instituciones consultadas en algunos informes, no se han llevado a cabo registros desagregados sobre orientación sexual a la hora de reconocer las condiciones de llegada al país de los inmigrantes venezolanos ni de las de permanencia. Lo que sí queda claro es que la población homosexual (como la bisexual, trans y otras) se encuentra inmersa en las dinámicas de violencia que vive

el país y que se ha recrudecido en determinadas regiones. En especial los homicidios han sido la causa de muerte violenta más común entre hombres homosexuales inmigrantes, lo que los conecta con los no inmigrantes. El conocimiento sobre las realidades de la población homosexual inmigrante proviene más de estudios académicos que de informes gubernamentales, pues estos últimos no poseen enfoques diferenciales claros.

La construcción del sujeto inmigrante sexualizado

El cuerpo inmigrante

Buena parte de las percepciones sobre los hombres gais inmigrantes venezolanos que tienen los hombres gais en Bucaramanga se concentran en el cuerpo y sus formas. Para los entrevistados, una primera característica de las personas venezolanas inmigrantes es su diversidad corporal y, por lo tanto, apuntan que es imposible determinar rasgos distintivos que los hagan identificables u homogéneos. Es decir, al preguntarles –sin otra variable– cómo se imaginan que son las personas venezolanas que llegan a Bucaramanga, no fue dada una respuesta única, pues todos alegaron que cada persona tiene un cuerpo *diferente*, una personalidad *única* y unas prácticas individuales *propias*. Sin embargo, la perspectiva cambió cuando fue añadido el adjetivo *gay* a *venezolanos*¹. Ahí aparecieron algunas características que se repiten, ya sea por experiencias propias o porque *todo el mundo dice que ellos son así*: piel, cabello y ojos oscuros, complexión atlética o muy delgada, caras alargadas, poco vello corporal o facial y penes grandes.

Para todos los consultados, al momento de imaginarse a un hombre venezolano gay, llegaron a sus mentes estas formas corporales, unidas a otras menos repetidas, pero presentes en varias respuestas, como pies largos, cierto olor característico que, si bien no era reconocido como un mal olor, se supone que es diferente al que tendrían los colombianos, y volumen de voz alto (*hablar gritando*). Todas estas peculiaridades dieron forma a condiciones universalizadas sobre lo que los hombres venezolanos gais son, en contraposición al ser colombiano, pues los entrevistados nombraron estas características como propias del ser venezolano y, por lo tanto, como distintivas y diferenciadoras de las que poseen los hombres gais no migrantes. El cuerpo imaginado ya comenzaba a generar divisiones entre la pertenencia y la no

¹En este aspecto, se debe apuntar que las particularidades dadas a los inmigrantes venezolanos gais son también otorgadas a todos los hombres venezolanos, incluidos heterosexuales, porque ya son condiciones situadas en el ser hombre como principio situado. La diferencia está marcada, entonces, en la posibilidad real o imaginaria de acceso sexual a ellos por parte de quienes respondieron.

pertenencia a un lugar y, en consecuencia, entre la capacidad de distinguir a un inmigrante de un no migrante por su corporalidad.

Estas descripciones estaban relacionadas, además, con otras basadas en el vestuario: según los entrevistados, los hombres gais venezolanos vestían siempre bermudas, *shorts* o pantalonetas, camisetas o camisas de telas suaves y colores vistosos y usaban sandalias o chancletas que dejaban los dedos de los pies descubiertos. Todo esto asociado con que Venezuela es imaginado como *tierra caliente*, como una especie de extensión de la Costa Caribe colombiana, razón por la que el uso de chancletas, bermudas y camisetas es vista como la norma de vestuario entre la población inmigrante, que todavía no se adapta a las normas de vestuario andinas o bumanguesas. Por esa razón, esta concepción de la estética migrante venezolana estaba mediada también por una idea de sujeto en condición de migración reciente y constante que lo definía:

Pues, uno se los imagina así, como con *crocs* y camisilla, porque también, pues, así los ve uno en la autopista caminando. Como que es muy difícil, ¿no?, tener otra imagen. Pero, pues, hay de todo. Lo que pasa es que uno tiene muy marcado como al recién llegado, no al que ya está aquí hace tiempo, porque, pues, también es como el que a uno más le impacta, porque uno piensa en lo difícil que debe ser caminar todo eso y como en esas condiciones que llegan. Y los que llegan hasta Chile y así, por eso uno los asocia con esa ropa. (Entrevistado 4, 19 de noviembre de 2022)

13

Con estas descripciones preliminares sobre el cuerpo migrante, un primer punto a analizar es que los imaginarios sobre los hombres venezolanos gais se relacionaban con una masculinización reseñada como positiva y directa o indirectamente deseada por parte de los entrevistados, si se la entiende desde lo sexual: tener pies largos, un pene grande, piel oscura y ser delgado fue reconocido como ventajas sexuales de los hombres venezolanos gais inmigrantes, porque eran entendidas como características de hombres con rol sexual activo (insertivo), frente a los colombianos, quienes, según los entrevistados, tienden a ser más sexualmente pasivos (receptivos) y, muchas veces, poco masculinos. En efecto, este es otro tópico importante: los hombres venezolanos gais no fueron imaginados como afeminados, en cuanto, pensaban los entrevistados, cumplían con los requisitos para no serlo².

²Es importante apuntar que los entrevistados no necesariamente se consideraban pasivos, pero sí tenían claro, desde su percepción, que una ventaja de los hombres venezolanos gais era que la mayoría eran activos. Por lo tanto, el rol sexual atribuido a los migrantes no provenía del deseo personal de cada entrevistado, sino de su idea de lo que al resto de hombres gais colombianos les atraía de los hombres gais inmigrantes.

El afeminamiento, en cambio, fue más asociado con el ser colombiano, desde un punto de vista negativo en principio, por la supuesta presencia sobredimensionada de hombres gais colombianos pasivos en espacios como bares, discotecas y aplicaciones móviles de ligue sexual. Esto forma otra división sexualizada entre los cuerpos de los inmigrantes y de los no migrantes gais: los migrantes llegarían a la ciudad a suplir, en parte, la ausencia de hombres gais activos. Como apuntaba uno de los entrevistados: “yo sí agradezco mucho a la migración venezolana, porque me he aprovechado mucho de ella. [risas] [...] Esta ciudad está llena de pasivos” (Entrevistado 6, 16 de diciembre de 2023). Bajo esas premisas, el cuerpo migrante que se iba formando como prototipo idealizado era aquel concebido por los entrevistados como funcional para los supuestos deseos sexuales de los no migrantes.

Lo anterior no significa que los entrevistados negaran que existen hombres venezolanos gais afeminados en la ciudad. Todos tenían claro que muchos de ellos lo son, solo que no usaron sus supuestas características corporales y estéticas para describir al ser del inmigrante venezolano homosexual. Esto es relevante, porque nuevamente parece evidente que el cuerpo imaginado por los entrevistados no proviene de un ejemplo puntual o de una experiencia propia, sino que es un armazón generado a partir de construcciones más colectivas. En otras palabras, cuando se les preguntó a los entrevistados sobre cómo veían en su mente a los hombres venezolanos gais, ese cuerpo homogéneo que se hacía universal no parecía partir de una persona conocida o de alguien específico, sino que se articulaba desde múltiples concepciones para dar forma al cuerpo sexualizado. Y en esa articulación, los cuerpos imaginados de los hombres afeminados no tenían cabida.

Evidencia de lo anterior podría ser que varios entrevistados asociaron el afeminamiento de ciertos hombres venezolanos gais con su supuesto gusto por los reinados de belleza. La ya conocida presencia de Venezuela en estos certámenes ha creado, según ellos, una relación entre los hombres venezolanos gais afeminados y su corporalidad y prácticas: quien es afeminado es siempre reconocible por su manera de caminar, por su actitud de diva y por el uso de palabras y expresiones que lo harían, en consecuencia, descartable para un posible encuentro sexual. Por lo tanto, los hombres afeminados fueron descritos con adjetivos contrarios a lo que los entrevistados entienden como un cuerpo y un sujeto que pueda ser sexualizado para ser deseado: ropa demasiado ceñida al cuerpo, maquillaje, piel pálida, movimientos corporales exagerados y postizos, conflictividad, egocentrismo, envidia, competencia “entre ellos mismos”, personalidad fastidiosa, entre otras características personales.

Ahora bien, toda esta masculinización y la exclusión de lo afeminado en los hombres migrantes homosexuales están condicionadas por la clase social asociada con los inmigrantes, que explica la exaltación de sus supuestas características físicas: para los entrevistados, el atractivo sexual de los inmigrantes venezolanos gais (y no gais) proviene de ser hombres de barrio, populares, lo que los condiciona a vestuarios, formas de caminar, vocabulario, cortes de cabello y técnicas de seducción asociados con su origen económico. Y eso está relacionado, además, con que sus prácticas estén condicionadas por sexo casual, incógnito y agresivo, conversaciones poco profundas y espacios o escenarios no tradicionales donde se podrían dar encuentros sexuales con ellos.

Los imaginarios de los hombres gais no migrantes partían, pues, de una especie de fantasías sexuales que forjaban la mirada sobre un hombre venezolano gay que siempre es callejero, coqueto, sensual, propositivo y, sobre todo, pobre. La masculinidad imaginada que se construía bajo esas dinámicas estaba dirigida a dar placer sexual (a penetrar), en cuanto esta estaba subordinada a la pobreza como forjadora de sus características:

Es que con ellos la cosa es compleja, porque uno sabe que [...] o sea, pues, que tienen como su morbo, ¿sí? [risas] Uno tiene como esa cosa de que se los encuentra en la calle y los sube a la casa, aunque uno sabe que no va a pasar, porque puede ser peligroso. Pero, igual uno se lo imagina y hay gente que lo hace, claro, pero a mí sí me parece arriesgado. [...] O con los mensajeros, que llega el mensajero cacorro que no tiene ropa interior y uno le echa mano. O sea, todas esas cosas que uno se imagina o piensa que podrían pasar y le generan morbo. (Entrevistado 1, 12 de noviembre de 2022)

15

Esto refuerza un aspecto clave: todas las características descritas arriba se consolidan en contraposición a las de los hombres gais colombianos. En otras palabras, los entrevistados no se percibían a sí mismos como hombres gais *de barrio* o pobres, ni estaban de acuerdo con usar cotidianamente la ropa que, afirmaron, sí usaban los hombres venezolanos. Y esta jerarquización es la que hace que la sexualización efectiva del hombre inmigrante sea posible, porque, si bien el sujeto inmigrante es ubicado en la base de la pirámide social y económica, son esas condiciones las que conducían a que fuera visto como sexualmente atractivo. Ser sexualmente *activo* o ser entendido como tal, por ejemplo, tiene connotaciones seductoras para los entrevistados, en cuanto serlo estaría unido a la precariedad económica del migrante.

Entonces, ser sexualmente *pasivo* con los inmigrantes está también fundamentado en que el *pasivo* colombiano es concebido como socioeconómicamente menos precario, por lo que podría usar al *activo* migrante como objeto de diversión, fantasía o placer sexuales. La dominancia del inmigrante *activo* es posible por la entendida subordinación socioeconómica directa o indirecta de este al *pasivo* no migrante.

Así las cosas, si bien muchos de los aspectos de la sexualización corporal que los hombres colombianos gais recalcaron en los hombres venezolanos gais les otorgarían a estos últimos rasgos de masculinidad hegemónica y pareciera que la reprodujeran en sus relaciones sociales, según los mismos testimonios, cuando se tienen en cuenta sus condiciones de clase atribuidas, la fórmula se invierte, pues las prácticas asociadas con la masculinidad inmigrante, si bien fueron descritas desde características como la fuerza, la dominación e, incluso, la agresividad, fueron entendidas así en cuanto demostrarían el posicionamiento desigual de los inmigrantes frente a los no migrantes. No siempre poseer características masculinas o masculinizadas significa tener la posibilidad de ascender o de mantenerse arriba en la pirámide sexual. Para los inmigrantes, la atribución de aspectos y prácticas masculinos es una forma de reflejar y mantener su subordinación social y económica.

16

Además, la condición racial percibida reafirma lo que ya mostraba la percepción de clase: para los consultados, los hombres gais venezolanos no son hombres negros (es decir, no tienen todos los rasgos físicos que se espera de los afrodescendientes), pero sí tienen piel oscura, que fue relacionada con *el barrio* y los sectores *populares*, lo cual coincide con sus supuestos cuerpos delgados, que muchos observaban como un rasgo propio de los venezolanos y que, según algunos, servía para identificarlos en la calle o en aplicaciones móviles de ligue sexual.

El color de la piel sería un distintivo público de aspectos interconectados como el rol y la potencia sexuales o el nivel socioeconómico de los inmigrantes, por lo que ninguna característica se puede separar de la otra. Estos últimos aspectos son muy importantes para comprender también las prácticas sociales imaginadas y esperadas que se interconectan con las formas corporales.

Comportarse como hombre venezolano gay

Entre las prácticas sociales que los entrevistados consideraron que componían la esencia social del ser hombre venezolano gay y migrante estaría su excesiva vanidad, que provendría, más que de sus dotes corporales o sexuales, de la charlatanería sobre un supuesto pasado lleno de abundancia y opulencia. O

sea, los entrevistados apuntaron que muchos hombres venezolanos gais alardeaban, por ejemplo, de haber dejado en su país propiedades, dinero y trabajos bien pagados para ir a Colombia a *rebuscarse la vida*. Esto fue percibido como un rasgo común de los inmigrantes venezolanos, incluidos los heterosexuales, que los entrevistados tomaron como invenciones y, sobre todo, como estrategias para ocultar una pobreza que es evidente en sus cuerpos y en sus prácticas sociales.

Es este orden de ideas, las características universalizadas de los inmigrantes, como la piel oscura y la delgadez, fueron relacionadas explícita o implícitamente por los entrevistados, con una historia personal de pobreza que ya traían desde su país de origen. En consecuencia, para los entrevistados colombianos, los inmigrantes venezolanos siempre han sido pobres y precarios económica y laboralmente, porque sus cuerpos lo evidencian, porque nacieron así y es inocultable. Su condición socioeconómica no ha cambiado por ser inmigrantes, sino que simplemente se ha movido de lugar. El inmigrante expone en su cuerpo su origen de clase, en un juego en el que la anatomía termina por determinar el destino social, o sea, en el que la piel oscura, la delgadez o el tamaño de los genitales están unidos, desde siempre, y sin saberse muy bien si como causa o como consecuencia, a la pobreza y la precariedad. Por eso, aunque lo intenten, no pueden camuflar su realidad con relatos fantasiosos sobre pasados adinerados.

Esto es relevante, porque permite comprender algunas condiciones del mestizaje como paradigma: en los relatos de los entrevistados, el color de la piel no era un rasgo que, por sí solo, ubicara a los inmigrantes en un lugar específico de la jerarquía socioeconómica. Sin embargo, el color de la piel siempre estaba relacionado con otras características que, indirectamente, ayudan a entender su real ubicación, especialmente con comportamientos que se entendían coherentes para las personas de piel oscura, como los inmigrantes venezolanos.

Piel oscura, entonces, no fue sinónimo, para los entrevistados, de ser negro o indígena, pero sí de ser pobre y de comportarse como tal, aunque ninguno de ellos lo afirmara explícitamente. Los inmigrantes venezolanos podrían ser mestizos, pero no iguales a los mestizos colombianos. No solo porque su color de piel se observe más oscura, sino por la conexión irremediable entre piel y orígenes y prácticas sociales y económicos, que para los inmigrantes venezolanos les significa estar abajo en la pirámide socioeconómica.

En consecuencia, los relatos fantasiosos, y por tanto mentirosos, que, según los entrevistados, repiten una y otra vez los inmigrantes venezolanos, tendrían como propósito tratar de igualar sus

condiciones con las de los no migrantes; afirmar que se tienen propiedades, dinero y estudios sería una estrategia para camuflar o hacer borrosa la evidente desigualdad que, en la práctica, sería imposible disimular, porque su cuerpo, se supone, expresa fácilmente su origen no adinerado ni cualificado. La estrategia para intentar igualarse a los no migrantes fue vista, entonces, como incómoda, impostada y carente de sentido. Una estrategia que demuestra que, aunque, en principio todos *son* mestizos, existen condiciones marcadas en el cuerpo que harían que no todos los mestizos sean iguales o puedan llegar a serlo. Y ordenada así, es problemática, porque generaba en los entrevistados una especie de desconfianza a la hora de relacionarse social y sexualmente con inmigrantes. Una desconfianza que, en primer término, supone exclusión, pero que, al mismo tiempo, implicaba sexualizarlos nuevamente.

Para los participantes del estudio, la corporalidad, la estética y las prácticas sociales de los inmigrantes se asocian con posibles robos o engaños para obtener dinero o cosas. Especialmente en redes sociales y en aplicaciones móviles de ligue (Grindr, Scruff, etc.), el aspecto que estos hombres mostraban en fotografías y su color de piel marcaban una advertencia negativa que, de todas maneras, no dejaba de estar sexualizada al mismo tiempo. Como apuntaban algunos consultados, el temor de que aquel hombre inmigrante fuera un potencial ladrón generaba algunas fantasías sexuales sobre su desempeño sexual y sus genitales. Por eso, había una especie de riesgo constante que habría de asumir para llegar a tener sexo placentero, fugaz y confortable, en una dinámica que tiene mucho que ver con posibles escenarios imaginarios creados por el porno:

A mí me aburre mucho que le escriban a uno y sean masajistas, porque uno no paga por sexo, y como que pagando se pierde el chiste del asunto. Yo busco sexo normal y cosas así, porque para eso son las aplicaciones, aunque casi nunca se concreta nada. [...] y uno supone que ellos [los hombres venezolanos] tienen claro que uno no los quiere para novio, porque ellos tampoco andan en esas. Ellos van a lo que van y así es que, digo yo, así es que le gusta a uno. Y por eso es que uno los busca, sí, pues, así, con ciertas características, usted me entiende. [...] Pero igual, eso se complica, porque también toca estar prevenido de que no lo roben a uno, porque casos de que desocupan los apartamentos es lo que hay, aunque el gustico siempre está cuando uno entra a mirar [en las aplicaciones] quién anda por ahí. (Entrevistado 8, 20 de enero de 2024)

En consecuencia, este riesgo también estaría presente en otras circunstancias que, aunque no estarían sexualizadas en principio, se convertirían fantasiosamente en sexuales cuando se incluyen en ellas

a hombres inmigrantes. Un ejemplo son los domicilios de aplicaciones móviles como Rappi o Uber Eats, trabajo con el que se ha asociado a los inmigrantes venezolanos en Colombia y Bucaramanga. Para algunos entrevistados, la mayoría de quienes trabajan en estas plataformas son hombres venezolanos, por lo que varias veces han imaginado que, mientras reciben los pedidos y los pagan, los domiciliarios tienen una erección y les muestran sus genitales o tienen sexo con ellos. Inclusive, a manera de confesión, algunos apuntaron que han intentado crear las condiciones para que esto ocurriera, en buena medida porque pensaban que todos los hombres venezolanos migrantes (y no solo los homosexuales) podrían llegar a tener sexo con hombres, por su innata sexualidad. Entonces, el objetivo sería forzar las posibilidades para que pudiera darse un encuentro fortuito, algo que, sin embargo, no les ocurrió nunca a los consultados.

Es necesario anotar aquí que los hombres entrevistados afirmaron tener la capacidad, más o menos acertada, de reconocer a un inmigrante venezolano en alguna aplicación como Grindr solo con su fotografía, a pesar de que no existieran pistas como un *emoji* de la bandera venezolana o expresiones propias de ese país, capacidad también aplicable en plataformas como Uber, DiDi o Indriver. En buena medida, porque seguían las mismas premisas ya expuestas arriba: color de la piel, vestuario y poses en las fotografías como marcadores de reconocimiento de nacionalidad. Esta premisa, sin embargo, debe ubicarse en un espectro más amplio: que sean aplicaciones móviles de sexo y de trabajo informal las reseñadas para relacionarlas con las prácticas sociales de los inmigrantes venezolanos tiene connotaciones clave para comprender cómo se ubica a los migrantes, qué cosas le son asignadas y cuáles son los lugares que, se supone, deben ocupar. Unir aplicaciones de entregas a domicilios con la condición inmigrante y la pobreza es todo un entrelazamiento coherente que, al mismo tiempo, se convierte en sexualizado.

Por último, varios de los entrevistados afirmaron que los hombres venezolanos gais tienen la capacidad de tener sexo, e inclusive, mantener relaciones amorosas con mujeres, a pesar de ser homosexuales. Para unos, esto se debe a que necesitan tener ingresos económicos para sobrevivir diariamente y, debido al tamaño de sus genitales, algunas mujeres desearían pagarles esporádica o constantemente por sexo; y para otros, el sexo con mujeres es evidencia de su desbordada sexualidad y, sobre todo, de su incapacidad innata para mantener relaciones con una sola persona, pues su propio cuerpo les exigiría acercarse sexualmente a muchas otras, incluidas mujeres. Frente a esto, para los consultados, los hombres venezolanos no son, a primera vista, personas con las cuales se conciba, desde el inicio, una posible relación romántica u amorosa.

Esto no significa que no lo vean posible, sino que para que eso ocurriera los entrevistados debían estar seguros, primero, de que estos impulsos sexuales y las condiciones corporales y/o económicas que los llevan a expresarlos estuvieran contenidos. Es decir, un acercamiento más allá de lo sexual podría darse si primero los hombres inmigrantes gais *domesticaran* su propia *naturaleza*. A partir de ahí, se da una especie de legitimación de la sexualización creada sobre inmigrantes gais, en cuanto los entrevistados consideraron que los hombres venezolanos desean ser definidos y tratados según su potencia sexual, la cual está determinada por la forma del cuerpo y los genitales y que se expresa en las actitudes y prácticas sociales cotidianas. Desde esa perspectiva, entonces, como algunos expresaron, no todos los hombres venezolanos gais se mantienen económicamente del sexo, pero pueden llegar a hacerlo en cualquier momento, pues sus características anatómicas y su personalidad les hace tendientes a ello.

Este último punto agrupa, justamente, varias de las propiedades que permiten observar simultaneidades: la prostitución se convierte en una actividad no solo deseada para salir de la pobreza, sino también en una práctica para la que el cuerpo estaría anatómicamente preparado y formado. Al agruparse en un mismo cuerpo un pene grande, potencia sexual activa (penetrativa), piel oscura y pobreza, el hombre inmigrante homosexual, ahora prostituido, se transforma en un sujeto que puede leerse a través de su sexualidad comerciable: “yo creo que esos pobres deben alternar la *putería* con otro trabajo, no sé, tal vez como que son barberos o webcam y se la pasan en Grindr, mientras tanto, buscando una plata extra. Es que tantos que hay y todos en las mismas. [...] Yo nunca les he preguntado, porque qué pereza que empiecen a acosar, pero por ahí cincuenta mil pesos deben cobrar, y eso es mucho” (Entrevistado 2, 13 de noviembre de 2022).

La masculinización basada en la pobreza que se hace de su figura consolida, pues, una homogenización de su existencia, que define su lugar en el mundo y sus posibilidades como individuo en la nueva sociedad a la que ha llegado: no importa si aquel migrante tiene otras cualidades, talentos o experiencias, lo que termina siendo fundamental es su naturaleza sexual asignada, la cual domina todos los significados que los otros puedan generar sobre él y que él, se espera, pueda o deba construir sobre sí mismo. Una sexualidad que, de todas maneras, no es solo una característica personal, pues existe porque es inseparable de sus condicionamientos corporales, económicos y sociales. Este es el aspecto clave para comprender los cambios que los migrantes experimenten al haber arribado a un nuevo espacio, porque, después de todo, ¿qué tanto de estas lecturas sobre su cuerpo y su personalidad permanecían también vigentes cuando vivían en Venezuela?, ¿qué tanta humanidad y dignidad ha perdido al convertirse aquel

migrante en un objeto imaginado de consumo sexual?

Estas dos preguntas adquieren relevancia si, como apuntaban los entrevistados y fue expuesto antes, se deja claro que sería muy difícil que alguno de ellos terminara, en la realidad, enamorándose de un inmigrante venezolano y, sobre todo, convirtiéndolo en parte de su vida social y familiar como novio o potencial esposo. Para los consultados, los hombres migrantes son una especie de *hobbie* sexual, más imaginado que real, que, incluso, debería ser mantenido en secreto, aunque no haya una relación romántica de por medio; ni amigos ni familiares ni ninguna persona cercana deberían saber que existe un hombre inmigrante con el que, de vez en cuando o a menudo, se tiene sexo, si llegara a darse.

El cuerpo inmigrante y sus prácticas asociadas hacen que el hombre venezolano homosexual sea entendido como un objeto de consumo sexual privado, pues hacerlo público implicaría perder estatus en la jerarquía social para los no migrantes. Las divisiones desiguales que están sostenidas en las simultaneidades de raza, clase, estatus migratorio, corporalidad y otras más suponen, a fin de cuentas, la construcción y el mantenimiento de diferencias entre lo humanizado y lo no humanizado

Apuntes de cierre

21

Aunque la inmigración venezolana en Colombia es un fenómeno que podría considerarse nuevo para la historia del país -por sus dimensiones y sus efectos sociales y económicos-, las percepciones que los hombres gais de Bucaramanga tienen sobre los hombres venezolanos gais no son recientes ni han recaído, en alguna medida, únicamente en ellos. Es decir, los estereotipos sobre cuerpos, prácticas, formas de ser y actitudes de inmigrantes venezolanos mantienen cierto paralelismo con la histórica división centro/periferia del país. Durante buena parte de la historia republicana, las élites centralistas entendieron (y han entendido) a ciertas zonas de Colombia como más *civilizadas*, cultas y *blancas* (Bogotá, Santander y Antioquia, por ejemplo) y a otras como atrasadas, *bárbaras* y negras/mulatas (costa Caribe, costa Pacífico, la Amazonía). Proyecciones que han derivado en la naturalización de comportamientos que se entienden innatos en los grupos sociales que hacen parte de cada división: mientras las personas andinas se caracterizan por ser trabajadoras, disciplinadas, discretas, racionales y con buenas maneras, las de zonas costeras y fronterizas han adolecido de pereza, chabacanería, ruido, mal gusto y desorden (Villegas, 2007).

Estas construcciones crearon, al mismo tiempo, fórmulas de hipersexualización y desexualización en cada uno de los territorios, que terminaron siendo uno la antítesis del otro: los hombres y, especialmente

las mujeres, son percibidos como poco sexuales y con una anatomía fina y delicada en ciudades como Bogotá (las bromas sobre el tamaño de los glúteos de las mujeres bogotanas es evidencia de ello) y las personas de las costas Caribe y Pacífico han sido ilustradas como muy sexuales y con cuerpos con partes grandes, redondas y calientes. Una sexualidad desbordada que ha estado ligada, como causa o consecuencia, a la pobreza y, claro está, a la raza (Flórez, 2008).

Bajo esas premisas, la piel oscura, en los relatos obtenidos en la investigación, funcionaría como una condición de acomodamiento, de ordenamiento de los cuerpos de los inmigrantes, para hacerlos funcionales y ubicables en el sistema jerarquizado que ya estaba presente en la realidad colombiana previa a su arribo. Un sistema que, sin embargo, necesita excluir para incluir: que el sujeto inmigrante sea concebido siempre pobre, precario y que su pobreza y precariedad sean inseparables de su color de piel oscura funciona, primero, para desconocer cualquier otra condición en ellos que desestabilice la jerarquía ya organizada y, sobre todo, para introducir, o mejor, para forzar a los inmigrantes a perpetuar las injusticias de la realidad material colectiva. La sexualización de los inmigrantes sería, con esto, una práctica efectiva para naturalizar un posicionamiento no elegido, pero sí obvio y coherente para aquellos entendidos como los *otros* inferiores o subordinados.

Sexualizar empleos, labores y trabajos precarios permite naturalizar condiciones injustas e inestables que los trabajadores no migrantes ven como normales y, sobre todo, como objetivamente asignadas a los inmigrantes y que los hacen deseables, al mismo tiempo. Que el inmigrante sexualmente deseado posea en su cuerpo las características del sujeto empobrecido no es coincidencia. Es una fórmula efectiva, que supera la perspectiva subjetiva del individuo, para invisibilizar o banalizar las condiciones de clase y de raza que mantienen una realidad material desigual como la única posible.

Por eso es tan clave su universalización, porque al desconocer la propia diversidad del inmigrante homosexual, en este caso, es más fácil su ubicación en el lugar que le ha sido económicamente asignado y que, al mismo tiempo, es el exigido en el sistema globalizado para los trabajadores. El deseo sexual y la construcción de sujetos idealizados a partir de él no son, por lo tanto, ni subjetivos ni relativos ni espontáneos. Cumplen un papel político que está alineado con el mantenimiento de desigualdades, explotaciones y opresiones que posicionan a los sujetos mismos, que los obligan a introducirse en ellas.

Y esto, inclusive, tiene implicaciones en los propios órdenes sexuales: como insinuaron los entrevistados, las condiciones naturalizadas de pobreza, unidas a las características corporales de los

inmigrantes, desorganizan la división heterosexual/homosexual en ellos. Es decir, si bien los entrevistados tenían claro que hay inmigrantes homosexuales, dejaron en el aire una especie de separación entre deseo sexual, prácticas sexuales y experiencia romántica en los inmigrantes.

La homosexualidad de los inmigrantes, bajo esas premisas, estaría más asociada a la penetración como práctica, lo que supone una pertenencia incompleta o relativa al *ser* del homosexual/gay. Esto es lo que hace más clara su sexualización, porque los inmigrantes venezolanos gais, aunque en principio lo sean, no comparten las mismas características sociales, corporales, raciales y laborales que los colombianos, lo que los hace *menos* homosexuales, porque las condiciones de los inmigrantes no se ajustan del todo a lo que una homosexualidad *completa* exige. Por eso pueden dar saltos en sus prácticas sexuales con mujeres. En las simultaneidades que experimentan los inmigrantes, su naturaleza sexual es, pues, siempre dudosa, inestable e inconstante. Así, entonces, mientras las características sociales, económicas y corporales de los migrantes son inamovibles, únicas e inmutables, las sexuales son volubles y movedizas. Así se organizan las fórmulas del poder que jerarquiza y naturaliza las desigualdades.

Bibliografía

23

- Aliaga, Felipe. Flórez, Angelo. Díaz, Franklin. y Arias, Jeison. (2022). “Caminantes venezolanos”. Imaginarios del destino de migrantes en tránsito por Colombia. *Studi Emigrazione. International Journal of Migration Studies*, (226), 299-318.
- Alizadeh, Omid. (2024). Xenofobia contra inmigrantes venezolanos en Colombia. *Revista Hallazgos*, 21(42), 253-286. <https://doi.org/10.15332/2422409X.9312>
- Álvarez, Jaime. (2012). Inmigración colombiana en España: fenómeno multidimensional. *Revista Económicas CUC*, 33(1), 33-46.
- Ávila, Jenny. (2022). El mercado de vivienda informal en arriendo para la población venezolana asentada en Bogotá. *Revista de Geografía Norte Grande*, (82), 71-87. <https://doi.org/10.4067/S0718-34022022000200071>
- Barandica, Margarita. (2020). Migrantes venezolanos en Colombia, entre la xenofobia y aporofobia; una aproximación al reforzamiento mediático del mensaje de exclusión. *Latitude Multidisciplinary Research Journal*, 2(13), 119-128. <https://doi.org/10.55946/latitude.v2i13.100>

- Bedoya-Bedoya, María. Arroyave-Quinceno, Sebastián. y Bohórquez-Álvarez, Keila. (2020). Características sociodemográficas y socioeconómicas de la migración venezolana a Colombia (2015-2020): el caso del Valle de Aburrá. *Huellas de la Migración*, 5(10), 127-166. <https://doi.org/10.36677/hmigracion.v5i10.15080>
- Bonilla, María. Rivero, María. y Pérez, Nadia. (2021). Migrantes provenientes de Venezuela en el Área Metropolitana de Bucaramanga 2018 – 2021. *Reflexión Política*, 23(48), 6-9. <https://doi.org/10.29375/01240781.4329>
- Canales, Alejandro. (2015). *E pur si muove: Elementos para una teoría de las migraciones en el capitalismo global*. Editorial Universidad de Guadalajara.
- Chacón, Catalina. y Ramírez, María. (2020). Las percepciones sobre los migrantes venezolanos y su inclusión laboral en Bucaramanga. En David Serra (Ed.), *Desarrollo humano y educación integral: apuestas formativas de la Universidad Santo Tomás* (pp. 109-128). Universidad Santo Tomás.
- Corporación Caribe Afirmativo. (2022). *Perfiles migratorios de personas venezolanas LGBTI+ en Colombia*. Informe 2022. https://caribeafirmativo.lgbt/wp-content/uploads/2023/04/informe_perfiles_migratorios.pdf
- Colombia Diversa. (2024). *La realidad de la discriminación. Situación de las personas migrantes LGBTIQ+ en Colombia*. <https://colombiadiversa.org/c-diversa/wp-content/uploads/2024/08/Migracion-personas-LGBTIQ-Colombia-Diversa.pdf>
- Domínguez, Óscar. (2019). Comunidades sirio-libanesas en Colombia durante la primera mitad del siglo XX. *Revista Alaüla*, 6, 48-61. <https://revistas.unicartagena.edu.co/index.php/revistaalaula/article/view/3360>
- Flórez, Francisco. (2008). Representaciones del caribe colombiano en el marco de los debates sobre la degeneración de las razas: geografía, raza y nación a comienzos del siglo XX. *Historia y Espacio*, 4(31), 35-61. <https://doi.org/10.25100/hye.v4i31.1682>
- Giraldo, Rodrigo. (2017). Las migraciones colombianas al exterior. Retrospectiva de una realidad que no muta. *Opción: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, (83), 620-642.
- Gómez, María. (2009). La política internacional migratoria colombiana a principios del siglo XX.

Memoria y Sociedad, 13(26), 7-17.

López, María. (2007). Efectos de la regionalización de la política de seguridad democrática, para el desplazamiento en las fronteras de Colombia. *Colombia Internacional*, (65), 136-151.

<https://doi.org/10.7440/colombiaint65.2007.06>

Madriaga-Parra, Lisette. y Gissi-Barbieri, Nicolás. (2025). Migración haitiana de tránsito: la ruta migratoria por Santiago de Chile y la aspiración de llegar hacia el norte global. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (58), 155-178. <https://doi.org/10.7440/antipoda58.2025.07>

Martínez-Casadiegos, Diana. (2015). *El proceso migratorio entre Colombia y Venezuela (1989-2014): principales causas y efectos políticos para la integración entre ambos países* [Tesis de maestría, Universidad Católica de Colombia y la Università degli Studi di Salerno].

<http://hdl.handle.net/10983/3107>

Migración Colombia. (10 de julio del 2025). *Informe de migrantes venezolanos en Colombia a diciembre 31 de 2024*. [https://www.migracioncolombia.gov.co/infografias-migracion-colombia/informe-de-](https://www.migracioncolombia.gov.co/infografias-migracion-colombia/informe-de-migrantes-venezolanos-en-colombia-a-diciembre)

25

Noroño, José. Guerrero, Carolina. y Ruiz, Emili. (2023). Migración colombiana y políticas de identificación en Venezuela. *Revista Oratores*, (19), 26-55.

<https://doi.org/10.37594/oratores.n19.1214>

Olaya, Ivan. (10 de diciembre del 2018). La selección del inmigrante “apto”: leyes migratorias de inclusión y exclusión en Colombia (1920-1937). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*.

<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.73878>

Prieto-Olivares, Diego. (2024). Estado de la cuestión sobre la migración LGBTIQ+ en Colombia. *TransMigrARTS*, 5. <https://doi.org/10.59486/MCLG2882>

Ramírez, Lucía. Arroyave, Lina. y Corredor, Jessica. (2022). *Ser migrante y trabajar en Colombia: ¿cómo va la inclusión laboral de las personas provenientes de Venezuela?* Editorial Dejusticia.

Ramos, Claudia. y Lesmes, Lizeth. (2024). Retos y limitaciones de los migrantes venezolanos para la integración laboral en el Departamento de Boyacá (Colombia). *El Ágora USB*, 24(1), 167-189.

<https://doi.org/10.21500/16578031.7158>

- Restrepo, Jair. Bedoya-Díaz, Hugo. Zapata, Gisela. y Aliaga, Felipe. (2025). Condiciones de entrada y permanencia del mercado laboral informal de los inmigrantes venezolanos en Colombia. *Revista Colombiana de Sociología*, 48(1), 285-311. <https://doi.org/10.15446/rcs.v48n1.110688>
- Restrepo, Jair. y Castro, Yohanna. (2024). Representaciones sociales sobre la migración y los migrantes venezolanos en Maicao. En Felipe Aliaga, Javier Diz, y Teresa Pérez (Eds.), *Imaginario y representaciones en torno a las migraciones. Interconexiones a partir de México y Colombia* (pp. 105-120). Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla; Editorial Universidad Santiago de Cali. <https://doi.org/10.35985/9786287604841>
- Reyes, Johana. Gissi, Emiliano. y Bonilla, María. (2025). Migración venezolana en Colombia: una revisión crítica de la literatura. *REMHU: Revista Interdisciplinaria da Mobilidade Humana*, 33, e332095, 1-25. <https://doi.org/10.1590/1980-85852503880003312>
- Scharnholtz, Lars. y Toro, Alexandra. (2014). La influencia alemana en el proceso de industrialización en Colombia. *Apuntes*, 27(2), 60-77. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.apc27-2.iapi>
- Schwarz, Tobias. (2012). Políticas de inmigración en América Latina: el extranjero indeseable en las normas nacionales, de la Independencia hasta los años de 1930. *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia*, (36), 39-72. <https://revistas.uasb.edu.ec/index.php/procesos/article/view/1852>
- Sierra, Olga. Toloza, Claudia. y Zambrano, Mario. (2022). Anhelos de la población inmigrante venezolana en Colombia: una visión desde las nuevas dinámicas de la movilidad humana. *Migraciones Internacionales*, 13. <https://doi.org/10.33679/rmi.v1i1.2439>
- Sobczyk, Rita. y Caballero-Calvo, Andrés. (2024). Migraciones de colombianos altamente cualificados: trabajo, identidad y vínculos transnacionales. *Revista Colombiana de Sociología*, 47(1), 15-38. <https://doi.org/10.15446/rcs.v47n1.102206>
- Torrado, Santiago. (26 de julio del 2022). Petro recibe un país con 2,5 millones de migrantes venezolanos. *El País*. <https://elpais.com/america-colombia/2022-07-26/petro-recibe-un-pais-con-25-millones-de-migrantes-venezolanos.html>
- Valenzuela, José. y Anguiano-Téllez, María-Eugenia. (2022). Nos une el dolor. Vulnerabilidad y resiliencia de personas migrantes centroamericanas trans y gays en tránsito por México. *Estudios fronterizos*, 23, e107. <https://doi.org/10.21670/ref.2223107>

- Villegas, Álvaro. (2007). Nación, intelectuales de elite y representaciones de degeneración y regeneración, Colombia, 1906-1937. *Revista Iberoamericana*, 7(28), 7-24.
<https://doi.org/10.18441/ibam.7.2007.28.7-24>
- Viveros, Mara. (2009). La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 1, 63–81.
<https://revistasoj.s.ucaldas.edu.co/index.php/revlatinafamilia/article/view/5569>
- Wade, Peter. (1997). *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Siglo del Hombre Editores.
- Wade, Peter. (2000). *Raza y etnicidad en América Latina*. Ediciones Abya Yala.
- Wade, Peter. (2003). Repensando el mestizaje. *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 273-296.
<https://doi.org/10.22380/2539472X.1243>
- Wade, Peter. (2013). Racismo, democracia racial, mestizaje y relaciones de sexo/género. *Tabula Rasa*, 18, 45-74. <https://doi.org/10.25058/20112742.138>

Entrevistas

- Entrevista a entrevistado 1, virtual, 12 de noviembre de 2022
- Entrevista a entrevistado 2, virtual, 13 de noviembre de 2022
- Entrevista a entrevistado 3, virtual, 18 de noviembre de 2022
- Entrevista a entrevistado 4, virtual, 19 de noviembre de 2022
- Entrevista a entrevistado 5, virtual, 19 de noviembre de 2022
- Entrevista a entrevistado 6, Bucaramanga (Colombia), 16 de diciembre de 2023
- Entrevista a entrevistado 7, Bucaramanga (Colombia), 06 de enero de 2024
- Entrevista a entrevistado 8, Bucaramanga (Colombia), 20 de enero de 2024
- Entrevista a entrevistado 9, Bucaramanga (Colombia), 21 de enero de 2024
- Entrevista a entrevistado 10, Bucaramanga (Colombia), 03 de febrero de 2024